

TONI QUERO

**EL CIELO
Y LA NADA**

Un jurado presidido por
Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por
Ángel Luis Gómez Blázquez y Ana Díaz Alonso,

y compuesto por:
Luis Alberto de Cuenca Prado,
Ángel García López,
Ángel Luis Prieto de Paula,
María Ángeles Pérez López,
Penélope Acero Cayuela, editora,
y María José Sánchez Lorenzo,
que actuó como secretaria,

otorgó a la presente obra el
XXXII PREMIO TIFLOS DE POESÍA
convocado por la



TONI QUERO

EL CIELO Y LA NADA

XXXII PREMIO TIFLOS DE POESÍA


CASTALIA
EDICIONES

 edhasa



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de **edhasa**



Diputación 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es

Consulte nuestra página web:
<https://www.castalia.es>
<https://www.edhasa.es>

Primera edición: mayo de 2019

Ilustración de la cubierta: Quim Roser (de su serie «Balkans»)

© de la edición: Toni Quero, 2019

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2019

ISBN 978-84-9740-835-6

Depósito Legal B. 11092-2019

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

*A mis abuelos,
ninguno llegó a verlo impreso*

Não sou nada.

Nunca serei nada.

Não posso querer ser nada.

À parte isso, tenho em mim todos os sonhos do mundo.

Fernando Pessoa, *Tabacaria*

I

LA NADA

*Looking up at the stars, I know quite well
That, for all they care, I can go to hell*
W. H. Auden

13

Me he descubierto tantas veces siendo yo el que más ama,
atravesado de alfileres sobre un corcho olvidado
junto a fotografías tomadas en ciudades remotas,
vértebras del esqueleto del mundo
donde amanecíamos radiantes
o durmiendo al raso bajo una rodaja de luz,
que ya puedo calibrar mi dolor
con la precisión de un alquimista.

Sé de lo que hablo: desprender la horquilla
y provocar tormentas eléctricas,
caminar en paralelo por la vía del tren
y patear los dos la misma lata,
desplazando la vida siempre hacia delante,
prestar mi camiseta para que duerma
con el logo de Nirvana arqueado sobre el pecho
y sangrarnos las encías sobre la pulpa de una manzana.

Hacer un fundido en negro en mi vida
y aparecer sonriente unos meses más tarde,
saludarla al descuido: hola, cómo te va,
y decir te equivocaste, sí te equivocaste,
aunque sepas que es mentira
y seas tú quien duerme hecho un ovillo,
mientras volteas de nuevo las fotografías
y acumulas recuerdos en un cajón apartado.

(Nirvana)

■ Consumido un tercio de mi vida,
el hígado mediado en su declive
y los pulmones encharcados,
una gota de aceite simula un arco iris,
no hallo nada que justifique tanto esfuerzo,
este devanar de sesos por unas pocas metáforas,
ni una figura sosteniendo una taza de café
ni un perro tendido frente a la hoguera.

Sólo una espiral, círculos concéntricos
alejados de un punto en el que fuimos,
arrogantes como una hermosa tormenta de verano,
jóvenes, anarkos y bellos,
aspas al viento en un cruce de caminos
esparciendo sobre el orbe infinitos fractales,
ruedas dentadas de un engranaje perfecto,
para sembrar los brotes de un mundo nuevo.

Nada permanece, la ciudad es oscura,
el firme estéril y no arraiga la simiente,
mis versos germinan entre la maleza,
pero quién se nutre de un fruto amargo.
Cae el día, una pulpa morada disipa las brumas
y propala tras las ventanas la comedia de la vida,
escenas bárbaras de un libreto perdido,
sólo soy un hombre que piensa en imágenes.

(La Edad de Oro)

Por diversión,
a menudo consulto fotografías viradas,
frágiles láminas envueltas en papel sedoso
o viejas copias mudas de celuloide,
en las cuales ícaros ingenuos y soñadores,
ataviados con someros trajes alados,
se precipitan audaces al vacío
desde el *second étage* de la torre Eiffel
o el balcón de las gárgolas de Notre-Dame.

En su caída
imagino cielos paralelos,
horizontes surcados por hermosos dirigibles,
peces globo ignorantes de su naturaleza,
y bimotores de grandes hélices,
pájaros extintos de un mundo perdido.

Así el amor,
como la herrumbre de esas enormes aspas doradas,
se marchita también tras las nieves
y el flete humilde de cada copo,
ese viajero alado, cuan torpe y débil,
lastra a hombres bala y autogiros,
cuyas palas golpean exánimes el céfiro
sin vencer la gravedad ni poder alzar el vuelo.

(Hélices)

16 ■ Probablemente era otoño,
recordaba el chasquido de hojas secas
y el cielo color calabaza.

El hombre
afianzaba los pasos en la arcilla:
aquella bicicleta cuestionaba la gravedad
y podía elevarse como un balón de helio.

Sus manos,
oscuras como el fango,
fueron relajándose
mientras él
se alejaba,
los árboles plegados en acordeón,
los colores del día confundidos en su paleta.

Un pequeño cometa sobre un reguero escarlata.

El sol
saturaba las pupilas,
los viejos automóviles de lata
se tornaban invisibles para el navegante.

La colisión abrió una brecha entre ambos mundos.

A la caída,
profunda como una sima,
le sucedió un aguacero interminable.

Ahora ambos estaban solos.

El hombre comprendió
que volvería a emprender el vuelo
y que ya no podría protegerle.

(El navegante)



Yo nací –¡respetadme!– con el cine.

Rafael Alberti

Now you do what they told ya.

RATM

Respetadme,
fui un adolescente en los noventa,
nuestra religión era la música,
acampábamos en el margen de un río
y bailábamos como fuegos fatuos hasta el alba.

Ellas
vestían jerséis anchos,
ocultaban los puños en el interior de sus mangas
y se zarandeaban como saucos al viento:
sólo si estuviste ahí sabrás que algunas eran tan hermosas
que tu corazón doblaba sin consuelo durante horas.

Aún
percibo el flamear de sus crines
y cómo aullábamos sedientos en la orilla,
pero ese mundo ya no existe,
confié mis recuerdos a robustas carcasas
y frágiles memorias de ocho bits
que han evaporado buena parte de ellos.

Nos
bañábamos entre carrizos y espigas,
los caños manaban torrenciales
y hundíamos los tobillos en el fango.
Sé que en el futuro nos tributarán honores de Estado

como al último soldado vivo de las Ardenas
o a los actores centenarios del cine mudo.

¿Recuerdas?

Nos desorientamos,
el ruido se tornó ensordecedor,
la droga cabía en la yema de tus dedos
y nos conectaron unos a otros
como en una baliza interminable.
Entonces comencé a escribir
y a cuestionar las normas,
las calles ardían por cualquier motivo
y ellas se alejaron irremediamente hacia la nada.

Aman,
hoy, sus pequeñas vidas, sencillas, ordenadas,
los arroyos son grises y estancados,
¿quién querría volver a sumergirse en ellos?
Pero a veces la música nos salva,
tararean una melodía
y se balancean suavemente
como el brote de una espiga
prolongándose hacia la luz.
Algunos aceptamos la derrota,
sigo sin hacer lo que me dicen
ni escribir como debiera,
pero no voy a cambiar ahora.

(Fuegos fatuos)

■ En el año 2025 quiero que mi cadáver, debidamente ataviado, recorra en tren bala la distancia entre Tokio y Osaka exactamente a cuatrocientos setenta kilómetros por hora.

Sobrevolar los Urales en un pequeño dirigible y amerizar, dulcemente, sobre la plateada curva del Volga. Tornasolar, llamear como un ópalo vivo y ser bateado de entre los juncos por esforzados remeros.

El día del Juicio, la presa de las Tres Gargantas anegará las faldas arábigas y el nivel del agua, para desesperación de los suicidas, encharcará el mirador de la Torre Dubái, convirtiendo el salto en un agradable chapoteo.

Los hombres azules, en permanente huida, embarrarán sus coches alimentados por hidrógeno y, en elegante traje-chaqueta, las tribus amazónicas presentarán instalaciones de arte contemporáneo.

Aturdidos por el rigor de la calima, los chacales del Rif despedazarán mi cuerpo en geométricas figuras, y cada despojo arderá por combustión espontánea entre los estibadores negros de Nueva Orleans.

El crudo, como una deidad pretérita, calcinará las vetas abandonadas y mis cenizas, tambaleándose en una urna de titanio, remontarán el Misisipi para ser esparcidas sobre la mesa de *blackjack* del Gran Casino de Las Vegas, donde apostaré, como un tahúr molido, el último átomo que reste con vida.

(2025)



Ahora que es tarde lector
y temes más la soledad que la noche,
de nada sirve un fulgor sin una sombra que lo propale,
déjame decirte que también estuve ahí,
cercado por un laberinto de espejos,
como el hosco guardián de un faro
o el doble de luces de una comedia romántica francesa.

Créeme, sé qué significa entender que todo acabó
y encontrar una hebra de pelo bajo las sábanas,
saber que no volverás a ver su cuerpo desnudo,
que ya no es una prolongación del tuyo
sino la memoria de un miembro amputado.
Ese dolor quedará grabado en tu interior
como los discos de un tronco caído
en el que se dibujan los años de bonanza
y las muescas de un incendio.

Lo siento, no voy a poder consolarte,
ni hacer más llevadera tu tarea,
todo prófugo asume que la huida es siempre un círculo,
el tiempo preservará las ruinas
y deberás reconstruir tu hogar sobre una loma,
pero esta noche me quedaré junto a ti
y habrá un hombro donde tu soledad repose.

(La huida)

II

FRAGMENTOS DE UN LIBRO PERDIDO

Ya no es posible viajar a lugares remotos,
entendedme bien, no soy un aventurero,
hablo de encender el ordenador
y encontrar cartografiado
cualquier accidente geográfico:
el relieve de aquel albergue de montaña
donde el granizo maltrataba las tejas
o el desnivel de esa calle cerrada
donde nos refugiábamos al caer el día.
Ahora el mundo no muere en aquella esquina.

Hoy puedo ver los muros de tu casa,
que también fue la mía,
quién sabe si aún no estaremos dentro,
pero no puedo penetrar en ella,
ni en los rincones que habitamos.

Tal vez deslizando el cursor por la ventana
acceda de nuevo a aquellas vidas,
en la que era incapaz de separar nuestros libros
y tus latidos alteraban las señales de radiofrecuencia,
para trazar minucioso los mismos planos:
el edificio de enfrente mantendrá el andamio,
las obras del colector permanecerán inacabadas
y al anochecer, cuando invadas sonriente
mi lado de la cama, saldré a sabotearlas,
porque mientras duren
nada de esto habrá ocurrido.

(Google Maps)

26 ■ Tras un primer descenso sinuoso donde indago en el contorno, remonto en teleférico la pendiente y, como un geógrafo primerizo, me recreo en el estudio de las pistas vírgenes antes de abalanzarme de nuevo. En ocasiones simulo algún accidente, provoco un alud y ruedo los labios enloquecido cayendo a plomo sobre los valles; otras, simplemente zigzagueo entre las caderas hasta encontrar un punto escondido donde extenderme sobre la nieve.

(Alud)

Por unas pocas libras, el albergue de Kirkwall ofrece habitaciones someras, camastros desnudos y una pequeña atalaya donde contemplar el brezo peinado sobre la estepa.

Orillado entre las rocas, un frailecillo exhibe sus vivos colores y las focas emergen cohibidas sobre los periscopios de la Royal Navy.

Reverencial, la marea se retira de las costas y los botes avistan piedras erguidas y cuerpos naufragados entre las algas.

Ingigerth es la más bella de las mujeres.

Cae el cielo sobre las landas. Un vendaval salino inflama las mejillas de las valquirias, cuyo legendario atractivo muerde el túmulo funerario.

El aroma de la turba vara los marineros en las barras y los alambiques espiran interminables sagas que un ciego portero recitará en su senectud.

La noche gotea lentamente. Inerme, el vapor de un cuerpo se arremolina entre mis brazos aplazando sin remedio estos versos bajo las sábanas.

(Orcadas)



Mi cabaña junto al lago está en Keitele,
al norte de los Grandes Lagos,
es una pequeña estructura de madera
guarecida en sus flancos, del ulular nocturno
y los vientos polares, por enormes abetos.
A escasos metros, un pequeño muelle,
donde duerme embarrada una chalana
y ondea recortada una bandera fina,
permite franquear el suelo lechoso
y saltar desnudo desde la sauna.

Sentado en el porche contemplo
la plateada quietud del agua
e intercambio miradas con una dulce nativa,
pálida como el papel de fumar
y cobriza como la flor del eneldo,
que se evade del trasiego de una granja cercana.
Mi chica nada ajena entre los juncos.
Hay días que perduran como años
y años que perviven en la memoria de los días.

(Keitele)

Cuando lleguéis a viejos, respetaréis la piedra,
si es que llegáis a viejos
si es que entonces quedó alguna piedra.

Joaquín Pasos

Acodada junto al friso, la joven del cabello rizado observa el devenir de figuras, guarecida por el frío talle de las formas:

ruinas de alabastro sobre las que deslizo mis dedos intentando aprehender la obstinada memoria capturada entre sus grietas.

Tal vez, el mismo gesto mecánico al que Idomeneo se encomendara, no convenía a la leyenda que Tucídides lo recogiese, antes de zarpar hacia la magna Troya.

Gran día para el aqueo: los vítores de palacio anuncian virtuosas piezas de Camares y tributos dorados de Mesara;

delicadas ofrendas de a bordo para honrar las gestas del divino Minos, el arrogante Teseo y evocar la erupción de la isla de la media luna.

Recuperado el pulso, con un suave aleteo, la joven del cabello rizado reclama mi presencia extendiendo el plano sobre la arena:

señas de un lenguaje propio, perdido irremediamente, como el hermoso alfabeto tallado en los venerados pecios de la antigua Knossos.

(Knossos)

30 ■ Deslizadas desde las alturas, dos enormes manchas, cartografías rupestres de anteriores vidas, se dibujan sobre su espalda. Ínsulas bravas y remotas donde sobreviven, sin ruelas con que poder lastimarse, princesas orilladas en los márgenes de la historia. Mitades de un mundo perdido en el que vuelvo a adentrarme tras el flamear de un espejismo lejano.

(Ínsulas)

Tal vez sea eso, me fue dado de improviso,
capturar la belleza, congelar el instante,
como un pintor iconográfico malbarata las horas
buscando nuevos pigmentos con que apresar el gesto sacro,
el pliegue ovalado de unos pómulos,
traté de aprehenderla con el sol cegando el objetivo,
esbozado apenas su rostro entre destellos.

Apostado a una distancia prudente,
sin un copo de sombra donde resguardarme,
encuadraba a ciegas el viejo caserón
donde agostaba el día posando en su marco,
arrojando las trenzas por la pared descascarada
y ordenando con muescas antiguos amores,
infantes y caballeros de fortuna que anhelaban
la gloria tipográfica de los cantares de gesta.

Alejándome de sus murallas fabulaba ser yo el malogrado,
el príncipe destronado entre ardidés y conjuras
condenado a vagar errante por las lindes del reino.
Deseando estudiar el ser fabuloso capturado en tierra
[extraña,
busqué un recodo donde encender el visor y revivirla,
un estremecimiento me sobrevino al contemplarla
y comprender que era a mí a quien ella perseguía.

(The girl in the window)

32 ■ Este poema comenzaba con un coche abandonando la ciudad y una chica dormida con el rostro ladeado sobre mi hombro.

Tenía carreteras semiasfaltadas, dos cuerpos tendidos en la orilla y el amargo aroma de los arrozales.

En las salinas, los flamencos mantenían el equilibrio, anidaban en los humedales y centelleaban como estrellas fugaces al alzar el vuelo.

Pero en algún momento el poema pierde su hilo, los caminos se tornan de arena y se infestan de postes telefónicos.

Una tecnología obsoleta erguida entre el cielo y la nada incapaz de aceptar lo inevitable.

Y ya no puedo detenerlo, son en vano las fotografías al pie de un faro y el sexo descarnado tras las dunas.

Alguien inicia la siega, sobreviene la estación de las lluvias y las aves batan las alas hacia regiones más cálidas.

Tras ellas, los campos se anegan, las pistas se embarran y la memoria forma regueros por donde se evaden los sueños.

Sé que todo fenece para renacer de nuevo, mas esta historia y aquellos anhelos mueren sin retorno en este día y con estos versos.

(Delta)